



GETTY IMAGES

# Felicidad tangible

**H**ay una felicidad manifiesta en cada deseo colmado y cada logro. Es la que se ilumina y se aplaude en fiestas, premios, bodas, brindis. Pero existe también un contento íntimo más sutil, ligado a un modo de ver y de captar el mundo con un sentido para lo extraordinario.

Lo tienen los niños cuando señalan la luna, un color, el pan que salta en la tostadora. Y se puede mantener más tarde ante la exhibición creativa de una flor, los presuntos azares de la vida o el misterio de la existencia de alguien querido.

La sorpresa inagotable que prodiga el mundo, el filo de belleza con que ciertos perfiles destellan incluso en la oscuridad, constituyen de alguna manera el «zumbido constante de felicidad» al que se refirió

Vladimir Nabokov en su literatura. Uno es feliz —parece transmitirnos con sus libros— en la medida en que puede regocijarse con el sonido límpido de una pelota de tenis al ser golpeada por una raqueta, o ante la observación de una anciana que bebe café abstraída en su placer.

## EL MUNDO COMO REGALO

En su cuento *Beneficencia* escribió: «Y entonces me di cuenta de la ternura del mundo, de la beneficencia profunda de todo lo que me rodeaba, del dichoso lazo existente entre mi ser y toda la creación. [...] Me di cuenta de que el mundo no representa una lucha, ni una destructora secuencia de hechos fortuitos, sino una dicha trémula, una agitación benéfica, una dádiva que se nos ha concedido y que no apreciamos.»

Procurarse la felicidad consiste posiblemente en esto: en abrirse al regalo de vivir, en acoger cada detalle y gesto como pequeñas revelaciones de un orden superior, y en renovar de este modo el encanto del mundo, aun cuando nada parezca invitar a ello.

Al cabo de los años, quizá no pesen tanto los hitos que creemos que jalonan nuestras vidas como la impresión de ciertos momentos que la memoria nos va devolviendo por sorpresa, instantes aparentemente insignificantes en los que, sin embargo, se escondía la felicidad: una tarde luminosa que olía a libertad, una sobremesa tediosa de verano... o tantos otros episodios mínimos que, a la postre, vienen a certificar que hemos vivido.

YVETTE MOYA-ANGELER

## SABER MIRAR

Con la mirada podemos convocar a la belleza en toda circunstancia, hallarla en gestos, personas, acciones. La felicidad quizá sea un modo especial de ver, de maravillarse, de captar la realidad circundante.